



Esta es
ERIKA

ESTA ES ERIKA

“... porque esto es el infierno mismo y se sufre, también se aprende pero no se lo doy a nadie. La pasta base es el vicio más maldito y humillante que hay”

Erika es una mujer de 31 años, oriunda de un sector de Santiago estigmatizado por la delincuencia, el tráfico y consumo de drogas. Tempranamente este entorno influyó en Erika y sus hermanos, marcando ciertas conductas y orientando algunos hábitos de vida, mientras que la familia se trasladaba a San Antonio engañada por el padre, quien los abandonó en ese lugar apropiándose de los bienes familiares.

En este contexto disfuncional, de desamparo y malas influencias, la personalidad de Erika fue marcada por relaciones muy poco nutricias para su desarrollo, generando tempranamente sentimiento de desconfianza, desprotección y abandono, básicamente por el engaño y la pérdida de sus seres más queridos. Cada vez más, fue difícil torcer el curso de su historia hacia otro escenario y, la fuerza de la soledad, la falta de herramientas y recursos de apoyo, fueron diseñando para ella un itinerario biográfico de mucha hostilidad y numerosas vicisitudes. Así, fue madre soltera cinco veces, estuvo en la cárcel, se hizo adicta a las drogas y hoy vive en la calle.

El dolor y soledad de Erika pueden verse en cada parte de su historia, razón que hace comprensible que quiera estar siempre drogada, pues la realidad que tiene que enfrentar es descarnada, en estado de sobriedad parece aún peor. Sin embargo, en este mundo en el que habita reconoce cariños, solidaridades, e incluso una fuerte pertenencia que la hace desconocer lo que ella llama el “otro mundo”, al que pertenecen las personas establecidas, y al que no está segura de poder volver, por más que lo desee.

Sin lugar a dudas, Erika necesita de un apoyo intensivo y especializado para iniciar un difícil camino para dejar la droga y la calle, como ella declara querer, a pesar de que varias veces lo ha intentado sin éxito. Pero cualquier intento de apoyo para Erika deberá ser constante y muy cercano, pues habrá

que acompañarla a enfrentar la tristeza, angustia y desolación que se esconden bajo la ebriedad y, que aflorarían con fuerza si dejara de consumir. Esto sentimientos le son tan insoportables, que son los que han echado por tierra los intentos anteriores por salir. Además, ahora se suma como obstáculo a sus intentos, la dificultad que le agrega una tuberculosis recién diagnosticada y una fuerte depresión que ya está en curso.

Este es el relato de una mujer que lo ha perdido todo, pero que conserva valores y sentimientos de mucha nobleza, aunque acompañados de una notable falta de confianza y cariño por si misma. No se quiere, no se cree, y hasta ahora desconoce el recurso al cual echar mano para iniciar un camino hacia la recuperación y el regreso a lo que llama el "otro mundo", el de la vida común.

SU HISTORIA

"Yo no elegí la calle, no es que la haya preferido sino que así se dieron las cosas. Mi madre falleció, se vendió la casa. Yo quedé con una depresión muy grande porque todos mis hermanos están presos, cayeron en la droga. Fueron demasiadas cosas"

Erika nació en el seno de una familia sin mayores problemas económicos, siendo la cuarta de 10 hermanos. Vivían en Santiago hasta que su padre se los llevó a San Antonio a vivir, con el argumento de que varios de los niños eran asmáticos y que el clima de la costa les haría muy bien. Luego el padre se vuelve a Santiago, vende la casa familiar y abandona a la familia, quedándose con todo el dinero. En ese entonces, Erika tenía 13 años y entraba en plena adolescencia.

"Es un ladrón sinvergüenza. Nos trajo de Santiago para acá porque los médicos le dijeron que teníamos asma. Aquí nos dejó botados, le robó toda la plata a mi madre. Si algún día lo vuelvo a ver, paso por el lado. Prefiero verlo en un cajón porque no entiendo con qué cara dejó a sus hijos botados. Fue mi papá el que nos botó, él es el único responsable de habernos dejado botados en la calle. Yo tengo rencor contra él. No me interesa que me haya dejado sola a mí, pero sí a mis hermanos, eran unas guaguas solas".

La madre de Erika tuvo que hacerse cargo de los 10 niños, trabajando de empleada doméstica. Así mantuvo a la familia unida, pero por razones obvias sufrieron un rápido empobrecimiento, llegando a enfrentar condiciones críticas de subsistencia, situación que Erika jamás había experimentado hasta entonces. Varios de ellos se inician en el consumo de drogas, ella incluida, y su madre comienza a abusar del alcohol. Sin embargo, ella rápidamente desarrolla una actitud solidaria con su madre y la ayuda en los quehaceres de la casa, cuidando a los hermanos y ocasionalmente vendiendo cosas en la calle. En esta situación de vida, ella logra terminar su escolaridad secundaria. A pesar de los muchos obstáculos que debió enfrentar, logró adaptarse a sus nuevas condiciones de vida y ser soporte familiar a la vez que cumplir con sus propias obligaciones.

“También yo tengo estudios. Hice un curso de artesanía en los cursos educacionales del Hogar de Cristo. Además llegué hasta cuarto medio y me fue bien. Mientras estudiaba yo cuidaba a mis hermanos y les lavaba la ropa porque mi mamá trabajaba como empleada. A mi papá lo tuve hasta los 13 años (...) pienso que por eso nos metimos en la droga, además el padre tiene la mano más dura que la mujer. Mi mamita nunca nos pegó, si tenía que salir a pedir un pedazo de pan para darnos, lo hacía, todos la conocían. Las vecinas llamaban siempre a mi mamá para que les enseñara a sus niños, les explicaba las dudas de las tareas, ella era como una profesora porque terminé todos sus estudios”.

Siendo muy joven, Erika se transforma en madre soltera. Tuvo cinco hijos de tres padres distintos, pero hoy sólo tiene contacto y ve a la más pequeña. La serie de episodios desestructurantes que fueron generando en ella no sólo un importante desarraigo familiar sino una adhesión cada vez más fuerte a las drogas, hacen de su maternidad una experiencia ambigua, sin mucha connotación biográfica. Muy probablemente la maternidad precoz vivida en total soledad y su cercanía con las drogas, fueron marcando una distancia vital profunda con sus hijos, de los que no pudo hacerse cargo.

La muerte repentina de la madre de Erika representó un golpe muy duro para ella, pues su relación con la madre era extremadamente cercana y, puede apreciarse en su relato, que sentía por ella un cariño y admiración muy

grandes. Tras su muerte la familia termina de desintegrarse, ella entra en una depresión profunda que la lleva al consumo de pasta base y posteriormente a vivir en la calle. Asimismo, cuatro hermanos suyos terminan presos por droga, y los otros cinco viven fuera de San Antonio. No ha mantenido contacto con ninguno de ellos.

“Yo no elegí la calle, no es que la haya preferido sino que así se dieron las cosas. Mi madre falleció, se vendió la casa. Yo quedé con una depresión muy grande porque todos mis hermanos están presos, cayeron en la droga. Fueron demasiadas cosas, es cierto que a mi me dieron harto pero tiene que ver cómo se aprovecha. Todo sucedió hace como un año y ojala no dure más...”

En una parte del relato de Erika, aparece mencionada una estadía en la cárcel, pero ella no profundiza en los detalles de este episodio, por lo que no es posible aclarar los motivos, la duración ni el momento de su vida en que éste se da. Llama la atención que esta referencia prácticamente accidental, no tenga ninguna connotación particular para ella en el relato de su biografía: la reconstrucción de sus circunstancias parece soslayar este capítulo de privación de libertad, asociada más bien a los posteriores estigmas que se generan y cómo ellos afectan las posibilidades de lograr una integración normal a la vida libre.

“... no como en el gobierno, ellos, porque una estuvo privada de libertad lo vuelven a mandar a la boca del lobo...”

Desde el momento en que Erika se va a la calle, comienza a combinar su consumo de pasta base con alcohol y su adicción toma el control de todos los aspectos de su vida. A pesar de tener muy claros todos los efectos negativos que esto provoca, ahora está totalmente entregada a ello y sin voluntad suficiente como para salir, probablemente porque en su imaginario aún existen límites no trastocados y fronteras críticas a las que aún no arriba. Al parecer, el juicio que ella ha construido sobre su situación de vida, encuentra refugio en esta idea de que aún podría ser peor, morigerando la severidad que podría experimentar al asumir conciencia crítica de su real condición.

“... no porque esté choreada tengo que estar tomando droga. No llego al extremo de querer matarme por la depresión, no he llegado a ese extremo porque yo voy a sufrir, van a sufrir mis hijos, mis hermanos”

LA VIDA EN LA CALLE

“yo he vivido en la calle, son experiencias las de la calle, porque no cualquiera vive en la calle, no es bonito no, se sufre, claro que también se aprende”

Erika sitúa su actual condición de vivir en calle como el resultado de una serie de episodios que no le permitieron optar. Llegó a esta situación por circunstancias familiares, muerte de la madre, depresión profunda y droga, condicionantes que fueron marcando un entorno de vulnerabilidad extrema. Actualmente, vive sola en un ruco cercano a una cancha de fútbol, en un barrio bastante conflictivo de Llolleo Alto. Sus condiciones de habitabilidad son muy precarias, a pesar de lo cual ella se presenta arreglada y limpia. Su cotidianeidad está determinada por alternancia entre períodos de sobriedad y de ebriedad. Según relata, hay veces en que duerme todo el día. Otras, cuando está sobria, se instala en un muro cercano a su ruco y que da a la calle. Ahí se ofrece para hacer pololos a los vecinos, que le pagan en dinero o le dan comida.

Cuando no está trabajando en estos pequeños servicios ocasionales, machetea y conversa con los amigos. La percepción más nítida de Erika respecto de su vida en la calle es la soledad y, las relaciones instrumentales, inmediatistas, desarrolladas en torno al consumo. Ella misma muestra que esta inmediatez forma parte de su manera de ver y de pensar la vida. Está conciente que sus actuales circunstancias son críticas y que la vida en calle es muy exigente, a pesar que las duras experiencias que le toca enfrentar cotidianamente, le han permitido desarrollar destrezas adaptativas importantes. Por lo mismo, tiene una visión muy crítica sobre quienes, estando en esta misma situación, tienden a exacerbar la cara amable de la autodeterminación, pues considera que detrás de ese discurso hay una construcción que busca justificar el consumo de alcohol y drogas.

De igual modo, es conciente de cómo la producción cotidiana de subsistencia va limitando progresivamente la capacidad para mirar hacia delante y proyectar metas de margo plazo. Al contrario, la severidad de la calle y la urgencia de sus demandas, hace de ésta una rutina centrada en lo básico y lo contingente, alejando a las personas de la posibilidad de imaginar su vida más

allá de lo inmediato. Probablemente, mucho de ello se explique en el natural temor que produce imaginar una vida de mayor deterioro o de pérdida del bienestar presente, por escaso que éste sea, pero esa misma inseguridad retrae el pensamiento y la emoción hacia la pulsión vital presente.

"(...) nunca he mirado para el futuro porque si uno mira hacia el futuro no vive las cosas, siempre hay que vivir el momento..."

Si, yo he vivido en la calle, son experiencias las de la calle, porque no cualquiera vive en la calle, no es bonito no, se sufre, claro que también se aprende. Durante este último periodo ha sido una experiencia fome, una está sola, lo único que tiene son puros amigos en el vicio.

Erika también es crítica de sus redes y, su discurso ofrece una renovada perspectiva para analizar los vínculos y relaciones que se dan en la calle. Son frecuentes las menciones que se suelen hacer sobre la riqueza de vínculos y redes solidarias que se dan entre los habitantes de la calle, mucho de lo cual debe reflejar con gran acierto los valores y construcciones colaborativas que se producen. No obstante, también hay relaciones donde la confianza, la lealtad y la solidaridad están marcadas por el ritual del consumo y la tranza de alcohol y drogas: el socio, amigo o hermano que para algunos es fuente de compañía, protección y sustento, para otros es una oportunidad para acceder a la droga o al alcohol y confraternizar a la luz de estas prácticas. El riesgo está en la clausura que se produce en estos sistemas de relaciones, basadas exclusivamente en el consumo.

La contrapartida de eso, está en la faceta más amistosa de las redes comunitarias, vecinales y barriales de solidaridad, fuente a partir de la cual Erika encuentra respuesta a múltiples necesidades. Parte importante de su sobrevivencia – acceso a comida y agua, por lo menos – se debe a la actitud de colaboración que demuestran personas del entorno y que no están en situación de calle pero que no permanecen indiferentes a ella. En algunas circunstancias, personas de calle con asiento en barrios determinados, no sólo logran granjearse la confianza y simpatía de los vecinos, sino que además pasan a ser importantes dinamizadores comunitarios, al cumplir roles que van más allá del macheteo o la mendicidad.

“La vida en la calle no se la doy a nadie. Cuando dicen que les da libertad, que les gusta, son unos tontos porque no se dan cuenta que el amor drogado en la calle es mentira. Por el momento vives el aquí y el allá y después te dan la espalda. No son traicioneros, pero llegan en el momento que ellos quieren o sea para el puro vicio y después se van, les da vergüenza que una persona como yo los salude en la calle. Siendo que muchos han estado durmiendo en mi ruco”.

“A veces durante el día no hago nada, puro lesear, ando por ahí dando vueltas, de repente duermo todo el día. Hay veces que me gano unos pesos haciendo pololos que son trabajos del momento, haciendo aseo (...) ahora yo me las arreglo solita hasta para ir la baño, para eso hay harto cerro. Para las comidas las vecinas me ayudan. Yo voy para allá y me dan almuerzo. Antes iba a la parroquia de Llo-lleo a almorzar pero por aquí no hay ningún lugar con comedor”.

En su relato, Erika hace un juicio respecto de la actitud de la sociedad hacia las personas en situación de calle, y una defensa de ellas pidiendo que se les conozca en su dimensión humana y no solamente desde sus faltas, debilidades o trasgresiones sociales. Aún así, ella es capaz de reconocer que no todas las personas los ven de un modo negativo, especialmente cuando se refiere a los ejecutores del programa Calle, lo que es lógico si se considera la naturaleza y alcances de una intervención de este tipo, basada en proveer apoyo psicosocial.

En esta parte de la conversación, Erika dice vivir en el hampa, lo que se relaciona seguramente con su estadía en la cárcel y su participación en grupos que forman parte de ese ambiente. Asimismo, puede notarse en sus palabras la auto segregación en que ella y seguramente el resto de sus compañeros de calle se sitúan frente al resto de la sociedad. Se refiere al “otro mundo” cuando habla de las personas que viven establecidas, en familia y/o bajo normas sociales de convivencia regular. Este otro mundo contiene a los que son diferentes, entre los que se encuentra una variada gama de personas, unas a las que ella admira y confía en ellos, como lo ejecutores del Programa, o que le brindan oportunidades de trabajo o le dan comida como las vecinas, y otras de las que desconfía porque ya no conoce y no recuerda sus normas y códigos de convivencia.

El testimonio de Erika estremece por su claro llamado de atención: no basta con invitar a las personas de calle a integrarse y participar de la vida establecida, sino que hay que apoyarlas en el enfrentamiento de los miedos y desconfianzas que produce esto que ahora es para ellos, un mundo desconocido. La idea de incentivos y reglas como combinación virtuosa que determina la integración coherente o conflictuada de las personas, no es un hecho nuevo. Pero visto desde la situación de calle y los tránsitos que hay que efectuar para cambiar ese modo de vida por otro, aparece claramente retratada la complejidad de la normalización conductual y la adopción de disposiciones, actitudes y prácticas que permiten coexistir en el mundo convencional.

Asimismo, la ley de la calle es clara cuando se convive con el lumpen o cuando la sobrevivencia está determinada por el poder que se logra por la fuerza. Los códigos, reglas y recursos que se movilizan en la marginalidad de la calle, van generando en las personas ciertas formas de actuación que por un lado facilitan su adaptación a la calle pero, por otro, las alejan más de sus posibilidades de lograr una integración social efectiva hacia otros mundos.

El mensaje de Erika va justamente en la lógica de pedir el legítimo reconocimiento a la situación de calle como una condición de actoría social: personas concretas, con valores, aspiraciones y capacidades no siempre valoradas. De igual forma, valora enormemente las oportunidades que se van construyendo para ese mundo, en los puentes de integración que se van tendiendo, para un acercamiento que sirva al propósito no sólo de visibilizar sino de actuar para transformar.

“Si la gente no quiere que haya tanta delincuencia y drogadicción, ¿j?por qué no nos dan otra oportunidad?!? Porque, primero que nada, los que nos rechazan tienen que conocer a la persona y no dejarse llevar por su pasado, porque todos hablan pero realmente sólo uno sabe el motivo de por qué nos drogamos y tomamos. No, nunca se han dado el tiempo para conocernos, tan sólo se dan tiempo para criticarnos y hundirnos cada día más. Lo único que puedo decir es que aprendan a conocernos como personas y no como lo peor de lo peor, porque a pesar de todo nosotros tenemos mucho más amor y cariño y nos damos tiempo de conversar y conocer a la gente del otro mundo. Ustedes no se crean que es tan fácil vivir en el hampa.”

Me da miedo salir para el otro mundo porque ya lo desconozco, ya no conozco las reglas del juego, han pasado tantos años (...) cuando estoy sola en mi ruco allá atrás me da miedo. Si llega alguien me puede violar y golpear, es horrible.

...yo de verdad siento que en el otro mundo hay gente que nos quiere dar otra oportunidad”.

LA FAMILIA DE ORIGEN

“Cómo llegamos a la droga, no sé, yo pienso que nos faltó guía, una familia unida y un padre que se preocupara de nosotros”

Los vínculos de Erika con su familia de origen son prácticamente inexistentes. Con los hermanos que están en la cárcel no mantiene ningún vínculo, aunque algo sabe de ellos. Los otros hermanos están fuera de San Antonio, cuatro en Valparaíso y una en Talcahuano. De su padre no supo nunca más y, no es de su interés saber, pues su sentimiento hacia él es de rabia, rencor y, lo culpa por los problemas vividos por la familia.

La experiencia de fractura familiar afectó a Erika comenzando su juventud y forzosa adultez, de modo que los cimientos de la vida familiar alcanzaron a ser parte de su formación y, por lo mismo, constituye un referente para ella, que aparece como significativo a la hora de soñar un cambio en su vida. El testimonio de Erika muestra con dura elocuencia la fragilidad de los vínculos familiares cuando son afectados por crisis no contenidas o que no se han podido sobrellevar exitosamente. Y, también, cómo la desvinculación familiar se transforma en un factor de extrema vulnerabilidad pues representa una condición de fragilidad y aislamiento que acentúa otros riesgos.

“La familia es otra cosa, porque si una tiene a toda su familia ¿para que se va a meter en la droga? (...) lo mejor que hay es vivir donde está tu familia, tener un amor de verdad (...)

Mi mamá murió de una muerte súbita. Con mis hermanos estamos relacionados a la distancia... no los veo aunque no tengo mala relación con ellos, pero no los voy a ver a la cárcel, uno cayó por droga los otros por robo. Cómo llegamos a la droga no sé, yo pienso que nos faltó guía, una familia unida y un padre que se preocupara de nosotros con mano dura. Hay cuatro aquí en la cárcel, cuatro viven en Valparaíso y otra más esta en Talcahuano”.

Definitivamente el vínculo más cercano y fuerte que ha tenido ha sido con su madre, y es posible aventurar que su pérdida ha desatado en ella un estado de verdadera fijación, pues aparentemente se quedó prendida de su figura, negándose a la posibilidad de desarrollar otras relaciones satisfactorias. Obviamente, el consumo de drogas enturbia cualquier posible explicación sobre el trastorno afectivo que la afecta, por lo que un diagnóstico certero no puede provenir, en éste como en otros casos, sólo de una aproximación psicosocial a su caso, sino en combinación con un perfil psicológico que también dé pistas respecto de las necesidades de apoyo, asistencia y posibilidades de tratamiento a nivel de salud mental.

En el caso de Erika, su extremo apego a la imagen materna, se expresa en la idealización que hace de ella y en un sentido de trascendencia asociado a la santidad de la madre difunta. Esta construcción, sobre un ser omnisciente que desde otra dimensión apoya la vida terrena, parece un recurso generado para recuperar algo de la seguridad ontológica que ha perdido en razón de sus experiencias traumáticas y episodios de abandono o ruptura familiar.

De igual forma, la negación de las drogas y su ubicación en un eje valórico negativo, también aparece fundamentada en la primacía de un ser superior que vigila, protege y sanciona y que, en lugar de ser un dios compartido, corresponde en su caso a la imagen de la madre. Por lo fantasiosa que resulte, esta actitud puede ser trabajada como un importante recurso protector que, bien orientada y contenida, puede officiar como un potente factor motivacional en el proceso de generar voluntad de abstinencia y adhesión a tratamiento.

“... con la experiencia que yo tengo de haber perdido lo más sagrado que hay en la vida que es una madre, te puedo decir que la madre es lo más sagrado para ti; por eso ámala, respétala porque ella como ninguna otra persona te

va a apoyar hasta que la muerte los separe. Por eso yo te digo, si tu madre se va, ni Dios y la Santa lo permitan, no te desquites en la droga ni en el alcohol, porque por si tú no lo sabes, ella no va estar tranquila y va a seguir sufriendo”.

LAS REDES PERSONALES

“Ahora más que nunca debe tener amigos, no tan solo en la droga y el alcohol sino en todo momento”

Erika está conciente de que las amistades en la calle son instrumentales, y que los sentimientos que ahí se generan están teñidos por esas circunstancias, pues aparecen en los momentos de fiesta y consumo, para luego desaparecer. Pero, como habitantes del mismo territorio y que se encuentran en las mismas condiciones, también reconocen que se da la solidaridad y el apoyo mutuo en situaciones de necesidad. La aparición de prácticas tribales y sentimientos de pertenencia, no son tan distintos a los que se producen en otros colectivos urbanos, con la diferencia que en contextos extremos o de mucha vulnerabilidad, las prácticas de colaboración mutua y solidaridad, más que opción son una necesidad.

Los sentimientos de comunidad – la identidad, la pertenencia, la fidelidad – aparecen como un importante recurso que motiva la emergencia de colectivos sostiene la vida de los grupos en calle. Los sentimientos corporativos son muy fuertes y la vida cotidiana se construye en torno a las vivencias y experiencias de los demás, en los espacios en que la confraternidad se hace más fuerte en la medida que hay adversidad.

“Acá vienen amigos que no son amigos porque vienen a fumar la droga, están en los momentos del carrete y después se van. Y yo siempre estoy sola, nada más que con la compañía de mi madre y de Dios.

Ahora me doy cuenta que somos una familia y lo digo de todo corazón (...) nosotros los del hampa tenemos corazón y por eso estamos de luto, porque acaba de fallecer la madre de un compañero. Su mamita tenía cáncer, la tenían en Santiago en la UTI. De repente de un día para otro reaccionó y se vino para acá, a San Antonio. Un día Miércoles se fue en su silla de ruedas a la feria

porque ella tenía puesto ahí, se despidió de todos y en la noche falleció. Al hijo yo lo conozco desde chiquitito, es como si fuera de la familia. Ahora más que nunca debe tener amigos, no tan solo en la droga y el alcohol sino en todo momento”.

Erika tiene una amiga a la que llama “mi amiguita”, por la que demuestra cariño y cercanía. Ella también es adicta a la pasta base y al alcohol, y se encuentra en un proceso de decadencia muy fuerte, que la ha llevado a la prostitución. Esto afecta mucho a Erika, pues advierte que se trata de una situación de desgracia, abuso y pérdida de dignidad. Sin duda, se trata de una figura significativa para ella, con quien solidariza por género y por condición de calle. Pero también sirve para que ella identifique los límites de la pauperización de la condición personal, que ella parece que aún no ha traspasado, aunque sabe que la droga es un catalizador extraordinariamente perjudicial, no sólo por su enorme poder adictivo sino también por las cosas que obliga a hacer para poder adquirirla y mantener el consumo.

“Estoy compartiendo con una amiguita que también tiene problemas con la droga. A ella la conocí trabajando en los proyectos. Era toda una señora, dueña de casa. Por problemas con su marido ella decidió meterse y desahogarse con la droga. Para obtener más plata también se metió en la prostitución, aquí con los mismos vecinos se mete, es horrible y doloroso porque ella es toda una señora. Así se hace la plata. Yo les digo a los mismos hombres que son unos cochinos, cómo pueden aprovecharse así, todo porque está en la droga”.

Erika tiene cinco hijos, con cuatro de los cuáles no tiene relación alguna. Los dos mayores fueron dados en adopción, según ella relata a través de ‘engaños’ de una asistente social. Ella no estuvo de acuerdo y refiere que el padre de los niños, que los reconoció, los va a reclamar, pero esta mención es tal vez un deseo o una aspiración que aún no se materializa en un plan concreto en el que a ella le competa alguna participación y porque resulta improbable que se logre revertir un proceso de adopción consolidado.

Llama la atención que en la conversación con Erika, sus hijos no son un eje central, y resulta muy difícil centrar la conversación en ello, con el fin de poder aclarar cuál es la situación de los otros tres. Cuenta que dos de ellos están con

su “otra mamá”, lo que no es muy claro, y que la menor está con ella, pero no vive en el ruco. Tampoco se la ve particularmente involucrada emocionalmente con ellos, porque lo que realmente la compromete es la pérdida de su madre. Ello puede deberse a muchos factores, entre ellos los efectos de la droga sobre las capacidades afectivas de las personas, y tal vez, la natural adaptación de los seres humanos a las situaciones de dolor, que al pasar el tiempo se superan, pues de otra manera se vería amenazada la subsistencia.

“Yo tengo cinco hijos, los tuve jovencita. Los cabros están repartidos: dos se fueron, dos están donde su otra madre y la otra está conmigo. Ninguno esta en la calle, están en otro lado, en buenas manos porque ellos no tienen la culpa. Ahora entra al colegio mi bebe. Primer hijo que yo veo entrar al colegio.

Yo perdí dos hijos, me los quitaron. En realidad no a mí, a mi mamá, la pillaron con trago y la Asistente social se aprovechó. La hizo firmar un papel que según dijo era para llevarlos a un plan de vacaciones. Lo que hizo fue darlos en adopción. Es feo lo que hizo pero ahora le va a ir mal. El papá de los niños, que los tiene reconocidos viene ahora. Va demandar a la Asistente. Ella no tenía por qué dar en adopción a mis niños. Pero ahora yo estoy contenta porque mi chiquitita entra al colegio”.

Llaman la atención sobre este punto las ausencias en el relato de Erika. Probablemente por tratarse de episodios muy traumáticos para ella o por temor a enfrentar la sanción social que habitualmente recae sobre las mujeres cuando no se encuentran al cuidado de sus hijos, este es un tema sin espacio en la narración de Erika acerca de las circunstancias significativas de su trayectoria de vida.

La relación con su pequeña hija aparece como un gancho motivacional importante, dada la carga emotiva que significa estar cerca de su proceso de crecimiento. Aunque no hay referencias más detalladas acerca de cómo vivencia desde las drogas y desde la calle su responsabilidad parental, sí la menciona como un hecho importante de su vida, que la emociona y la enorgullece.

Este testimonio destaca la importancia de considerar que el ejercicio de la parentalidad, cuando se vive en calle, obliga a la generación de estrategias de adaptación que atentan contra la sostenibilidad y calidad de los vínculos, pues

esta condición no necesariamente implica una renuncia automática a ese rol. El apoyo a la formación y fortalecimiento de competencias parentales, también debe ser pensada desde la realidad de la calle y, más todavía, desde la realidad del consumo de drogas.

Erika ha desarrollado una buena relación con los vecinos, ya que son ellos los que le dan trabajo, comida y a veces protección. Esta buena relación se extiende incluso a Carabineros, a quienes describe como su pesadilla, pero con quienes tiene una buena relación pues la protegen y se preocupan de que esté bien. Más allá de lo anecdótico que puede resultar, esto refleja la importancia de promover actitudes de responsabilidad social y comunitaria ante situaciones de riesgo o crisis que afectan a las personas de la calle. El usual llamado a Carabineros en temporada de invierno, para auxiliar a personas situadas en la vía pública y con síntomas de enfermedad o hipotermia, oculta un rol más permanente de la policía y de otros organismos que ejercen naturalmente el rol de vigilancia comunitaria.

“Las vecinas son muy buenas conmigo. Me dan algo de comer o algún pololito para ganarme las monedas. No tengo nada que decir de ellas aunque a veces se levantan con la luna pero yo no las inflo (...)

Los pacos sí son una pesadilla para mí. Yo no me porto mal pero siempre me echan para acá, no les gusta verme en la calle, aunque ellos igual me vienen a ver y se preocupan. De repente aparecen y me dicen ¿estás viva? No me maltratan ni psicológica ni físicamente porque yo no les hago nada”.

LAS ESTRATEGIAS DE SOBREVIVENCIA

“Me consigo los trabajos acá o en San Antonio, preguntándoles a las vecinas si quieren que les lave el patio o bote la basura”

La historia laboral de Erika, como la de muchas personas de la calle, es de mucha inestabilidad, con períodos laborales breves y mucha intermitencia, en empleos no calificados y que abandona prontamente, la mayoría de las veces por falta de tolerancia. La deserción de Erika tiene mucho que ver con que no desarrolló hábitos laborales, aún cuando terminó su educación media. Habiendo comenzado el consumo de drogas y alcohol a temprana edad, la dedicación continua a un oficio particular, la adquisición de nuevas destrezas o la incorporación de nuevos conocimientos, fueron desplazados por la práctica de su consumo.

Erika trabajó como empleada doméstica, pero abandonó. Trabajó en lo que ella llama “los proyectos”, que son alternativas laborales que ofrece el municipio a modo de empleos de emergencia que buscan paliar temporalmente la cesantía, pero tampoco permaneció en ellos, supuestamente porque “los perdió”, pero muy probablemente a consecuencia de sus problema de consumo. En la actualidad, ella trabaja ocasionalmente en pololitos que consigue con las vecinas del lugar donde habita y si no, machetea.

La economía de la calle es una dimensión que hay que analizar con mucho detalle. La tendencia fácil a hablar de “estrategias de sobrevivencia”, enfatiza la naturalidad y la frecuencia con que las personas de calle se las arreglan para conseguir comida, abrigo, refugio o dinero. Pero también, oculta la diversidad de formas en que esos recursos son generados y las múltiples prácticas de intercambio o trueque que les permiten no sólo conseguir lo básico para sobrevivir, sino también lograr algún reconocimiento social y, mejores condiciones de aceptación e integración.

“Yo salgo a hacer mis pololitos, así se lo dije ayer a Carabineros que me preguntaban en qué trabajaba. Yo les dije que tengo trabajo con todos los vecinos, limpio jardines, hago aseo, riego la cancha y si no, me pongo a machetear. Lo hago aquí sentada en el murito que está al lado de la sede vecinal”.

Erika manifiesta que le gustaría tener un trabajo estable para concretar su proyecto de tener una casa y vivir con sus hijos. Así expresado, podría ser un deseo convertido en utopía, pero con un buen plan de intervención y un proceso de acompañamiento continuo, podría lograr una organización razonable de actividades y metas que le permita progresivamente conquistar logros que aportarán a la generación de las condiciones que harán viable ese proyecto.

Su historia está marcada por la inestabilidad laboral, tanto por su problema de consumo como por la falta de hábitos para tolerar adecuadamente las exigencias y normas de un puesto de trabajo establecido y continuo. Así, sus proyecciones laborales no pasan de ser un sueño, cosa que ella sabe en la medida que hasta ahora no ha hecho intentos serios de conseguir un trabajo o desarrollar sistemáticamente una actividad.

Por otra parte, sus antecedentes penales parecen ser un obstáculo para conseguir trabajo, señalando que cada vez que ha intentado postular a un trabajo, le han solicitado su papel de antecedentes. Desde la perspectiva de Erika, el rechazo de sus posibles empleadores se ha producido básicamente por este hecho, pero sin descartar que así sea, es presumible que también obedezca a otros factores como su falta de experiencia, su falta de destrezas para enfrentar la situación de entrevista y, en definitiva, a las consecuencias de su consumo. Lo que está claro, es que Erika tiene una visión incompleta sobre cuáles son los problemas que le impiden conseguir mejores oportunidades. La delegación de la responsabilidad en agentes externos que marginan, segregan, rechazan y perjudican, deposita en otros la responsabilidad de lograr o no una ocupación. Sin embargo, sus condiciones personales no aparecen mencionadas, siendo su situación de calle una justificación utilizada por ella para explicar la desigualdad de condiciones en que se encuentra y que genera un trato desigual a nivel laboral.

Las estrategias de apoyo psicosocial que tienen un fuerte contenido socio-educativo, apuntan justamente a facilitar en las personas el análisis de sus condiciones de vida y el reconocimiento de obstáculos y posibilidades, tanto personales como del entorno. El tema laboral, asociado al proyecto de vida, tiene mucho que ver con este ejercicio de comprender críticamente las circunstancias presentes y, lograr conciencia y compromiso con el cambio de las que dependen de las propias personas.

Esto plantea otro tema importante para repensar estrategias de intervención con población de calle: es frecuente escuchar de parte de las personas que se encuentran en esta situación, que sus vidas cambiarían si otros estuvieran disponibles a darles las oportunidades. Sin embargo, es escasa o nula la conciencia que hay en torno a las condiciones personales que se tienen que dar para que, de haberlas, esas oportunidades se puedan efectivamente aprovechar. Si esto último no está claro, es altamente probable que la retórica de la calle - no sólo de los usuarios de programas sino de quienes están a cargo de la intervención -, reproduzca ese discurso genérico de cambio de vida asociado a más oportunidades, obviando la necesidad de contar con competencias básicas y suficientes para hacer uso de ellas.

“Me consigo los trabajos acá o en San Antonio, preguntándoles a las vecinas si quieren que les lave el patio o bote la basura. No falta que ellas mismas anden peleando, es que aquí hay de lo que quiera.

Tuve el privilegio de conocerlos y gracias a la Carolina y el Lesly (sus gestoras del Programa Calle) yo de verdad siento que en el otro mundo hay gente que nos quiere dar otra oportunidad. No como en el gobierno, ellos, porque uno estuvo privada de libertad lo vuelven a mandar a la boca del lobo. ¿A que me refiero? A que uno manda su currículo para un trabajo y lo primero que piden es el papel de antecedentes, y como no lo tenemos limpio lo primero que hacen es lanzarte ala calle y eso es lo más fome que hay.

... claro que ahora no postulé a los proyectos, pero la Carolina me dijo que me iba ayudar. Ella tiene harta importancia para conseguir un trabajo y ella es buena en lo que hace”.

SU ADICCIÓN

“A veces siento que con el problema de la pasta base los apoyos se pueden cortar. Todos queremos salir de ese hoyo pero como le dije anteriormente, yo sola no puedo”

Erika ha consumido drogas desde su adolescencia temprana: comenzó a consumir marihuana cerca de los trece años. Ya de adulta continuó con el consumo de pasta base y rápidamente se convirtió en adicta, con todo lo que ello implica como influencia en el ámbito de lo volitivo, cognitivo, afectivo, emocional y social. Efectivamente, Erika reconoce su débil voluntad, varias veces quebrantada cuando ha tratado de dejar el consumo. Ella sabe ahora que ya no podrá sola y, sin embargo, aún no toma la decisión de ingresar a algún sistema de tratamiento, existiendo espacios y recursos para hacerlo.

Como es común en una persona adicta conflictuada con su consumo, ella se sabe y se siente presa de su adicción, reconociendo que es una condición extrema en la que necesita ayuda para salir. Sin duda, su reticencia a asumir una actitud proactiva respecto de una eventual rehabilitación, es decir, a tener la motivación y el compromiso para tratarse, tiene su origen en el temor a fracasar y no ser capaz de salir de la droga, lo que le causaría mucho dolor y dañaría aún más la imagen que tiene de sí misma.

“yo toda la vida he fumado hierba y no encuentro que haga mal, ahora con la pasta base es mas caro, si tengo fumo, si no tengo, no lo hago.

A veces siento que con el problema de la pasta base los apoyos se pueden cortar. Todos queremos salir de ese hoyo pero como le dije anteriormente, yo sola no puedo. Yo tengo ganas de salir de la calle para estar con mi familia, tengo ganas de cambiar pero no estoy haciendo nada por el momento. Solo le hago caso a lo que me dice la Carolina, voy al médico a ver si así salgo algún día y me reciban para poder trabajar.

Volviendo al tema de la droga, yo quiero salir de eso, pero sola no puedo, una tiene que tener una mano, una persona sincera al lado de una, que me quiera

de verdad. No me interesa si es hombre o mujer pero me interesa que me quiera, si es cariño fingido no, chao”.

SUS PROYECCIONES

“Yo creo que lo que me esta pasando puede mejorar siempre y cuando yo cambie porque si no cambio va a seguir igual. Quiero ponerme a trabajar, tener mi casa”

La vida actual de Erika se reduce a una estrategia de sobrevivencia basal, cuyo primer esfuerzo está dirigido a mantener su consumo de droga. Luego, las escasas energías que le quedan para organizarse y trabajar en pos de algún objetivo, las dedica a obtener su alimentación diaria. En estas condiciones tan básicas de subsistencia y, en un estado de conciencia casi siempre alterado por la droga, es difícil para Erika proyectarse hacia el futuro o definir un plan de acción para alcanzar alguna meta. Entonces, todo lo que ella refiere en relación al futuro, más bien se ubica en el plano de los sueños, sin un desarrollo que pueda acercarlos a proyectos concretos.

Conservando su relato en ese plano, Erika sueña con salir de la calle, vivir con todos sus hijos en una casa, y tener un trabajo estable. La persistencia y tenacidad de este deseo aún no logra transformarlo en el motor de su cambio personal: lograr la voluntad férrea de abandonar el consumo e iniciar un proceso de tratamiento. Probablemente la sola formulación de estas aspiraciones no baste para reorganizar las representaciones, disposiciones y prácticas de las personas, siendo necesario incorporar contextos alternativos que faciliten la organización de trayectorias.

“Mi sueño es juntar a todos mis hijos, tenerlos a todos juntos y tener un trabajo, lo que Dios quiera con tal de tener un trabajo, cosas malas no, robar y cosas así no, no estoy para eso, quiero trabajar en algo limpio. La plata que ganara la junto en el Banco para mi casita, para tener un terreno donde caerme muerta y dejarle algo a mis hijos, a todos ellos para que tengan un poco de plata, una casita, yo creo que con eso van a estar bien, dejarles un techo sagrado, no dejarlos en la calle”.

A pesar de asumir como improbables algunos de sus sueños, Erika tiene clara conciencia de que el primer y más difícil obstáculo para salir adelante es su adicción a la droga. Frente al desafío de vencer este problema, reconoce su falta de voluntad y determinación y, la necesidad que tiene de apoyo especializado para poder lograrlo.

“Yo creo que lo que me esta pasando puede mejorar siempre y cuando yo cambie porque si no cambio va a seguir igual. Quiero ponerme a trabajar, tener mi casa, teniendo a mis hijos, nunca, nunca dejar de lado eso. En el trabajo no se lo que me gustaría hacer, nunca he mirado para el futuro porque si uno mira hacia el futuro no vive las cosas, siempre hay que vivir el momento con la idea de que quiero salir de esto. Quiero un trabajo formal y todos mis hijos juntos, de ahí me puedo morir tranquila, aunque Dios quiera que pueda vivir”.